

DE REBUS HISPANIAE

EJEMPLAR N^o

26



El Boletín De Rebus Hispaniæ constará habitualmente de las siguientes secciones

ARTICULO EDITORIAL

SECCION PRIMERA.—**VOSOTROS. Sentido católico del Movimiento Nacional**

- a) Legislación Social, educativa, etc.
- b) Disposiciones diversas hechos.
- c) Relaciones de España con la Santa Sede.
- d) Espíritu religioso en el frente y retaguardia.
- e) Héroes y mártires.

SECCION SEGUNDA.—**ELLOS. Ateísmo comunista de la España roja:**

- a) Persecución contra personas.
- b) Ruinas de iglesias, estatuas, e cétera.
- c) Estadísticas, casos concretos.
- d) Legislación y Gobierno rojo.

SECCION TERCERA.—**El Movimiento Nacional en el extranjero.**

- a) Campañas por uno y otro bando.
- b) Calumnias y falsedades
- c) El sentir de los católicos.
- d) Colectas pro iglesias derruídas etcétera.

SECCION CUARTA.—**Documental.**

SECCION QUINTA.—**Bibliografía sobre el Movimiento Nacional.**

DE REBUS HISPANIAE

BOLETIN DE INFORMACION CATOLICA INTERNACIONAL

(PARA USO EXCLUSIVO DE PUBLICACIONES PERIÓDICAS)

Número 26 - Burgos 15 de septiembre de 1939 - Año de la Victoria

SUMARIO

«Una de sus potencias Masónicas». A. CARRIÓN.—Las checas de Barcelona.—Prólogo de ruínas y de ceniza. A. C. ALBARRÁN.—Uno de suerte.—Cuestión que no puede soslayarse. T. RODRÍGUEZ.—Sección documental. La Diputación de Zaragoza y la Virgen del Pilar.

«Una de sus Potencias Masónicas»

No iré muy lejos, ni acotaré con muertos, remansando en estas cuartillas las pruebas inatacables de la intervención masónica en los asolamientos y fieros males, que pasaron por España desde el punto y hora en que la dictadura de los poderes secretos la convirtió en república bolchevique. Nada descubriré; mas juzgo ejemplar y utilísimo recordar al verdadero y único enemigo de las naciones con tradición y cultura católicas en el ser, vivir y obrar.

Los hechos y datos que siguen, justifican, a la vez, la ley de responsabilidades políticas (13-II-1939), por cuyo imperativo, y previa determinación jurídica y oficial, se declaran fuera de la

ley y con pérdida total de bienes y derechos a las personas jurídicas y físicas, «a todas las logias masónicas», a todos los partidos y entidades, inscritos en el Frente Popular y que contribuyeron a crear y agravar la subversión de todo orden, de que se hizo víctima a España.

La sagacidad y el tesón, el catolicismo y patriotismo del Caudillo frustran con esa necesaria y ponderada medida legislativa las jugadas urdidas por Companys, Negrín, Martínez Barrio y el Gran Oriente Español, cuando huyendo de España se guareció primero en Bélgica y más tarde en Francia; una sutilísima filtración de hermanos tres puntos en los organismos estatales de España

Nacional, con grandes algaras de patriotismo, de intransigencia *verbal* a las doctrinas y personas rojas y... ¡de hervor religioso!

«Nuestra victoria no es sobre hermanos nuestros: es la victoria sobre las fuerzas internacionales, sobre el comunismo y sobre la masonería.» Ahí resumió el Caudillo (26-II-39), cuanto venía repitiendo desde que se inició el Alzamiento Nacional. Hablando con el corresponsal de «Diario de Noticias» (31-XII-36) dijo, apoyándose en varios testimonios, incluso de Martínez Barrio, Gran Oriente de la secta en España, que la masonería era la causa principal de la contienda presente por la intervención de sus centros internacionales en París, Praga y Ginebra.

De Ginebra, con el refrendo de la logia francesa (Rue Cadet, 16, París), trajo Augusto Barcia el mandato de asesinar inmediatamente a Calvo Sotelo, «porque, fracasado Gil Robles como político, era el único hombre que quedaba a las derechas españolas». Se urgió el pronto cumplimiento a Casares Quiroga, jefe del gobierno; los detalles del crimen se perfilaron en la logia radicante en la calle madrileña de Santa Brígida; Margarita Nelken, judía y masona, ganó a sus hermanos el capitán Condés y el teniente Moreno, actores principales de la tragedia; Moreno se refugió en el domicilio de la Nelken, mientras la policía le buscaba con poquisimas ganas de dar con él; a los asesinos se prometió en firme ascensos y premios metálicos; el Gran Oriente francés aportó 600.000 francos (*Diario de Nordeste*, Cuaderno III, Brasil, 19-XI-37); el gobierno republicano español reforzó el premio con un millonaje de pesetas y montó un tribunal, a cuyo fallo se acudiría con el indulto pleno y absoluta impunidad, según compromiso firmado por Azaña, presidente de la república. Estas monstruosidades son al presente «mero hecho», que dicen los jurisperitos.

Retrocedamos con la narración. A su debido tiempo avisó el general Mola, Director General de Seguridad, que los emigrados españoles, recomendados por la masonería y el comunismo, negociaban en Viena un empréstito de cuatro millones con los que financiar sus revolución. El aviso cayó en saco roto. (*Mola*, por J. M.^a Iribarren, pág. 26).

Augusto Barcia, masón de los más granados, escribiendo (16-18-24 de abril de 1931) a Miguel Benavides, grado 33, le decía: «¿Será fuerza definitiva para consolidar esta victoria enorme (la proclamación de la república) en que nosotros hemos trabajado tanto y con tanta fe?»—«Ahora

más que nunca tiene la *Orden* que laborar con eficacia y entusiasmo para la defensa del régimen naciente».—«En solos dos días pude realizar la formidable labor de que la Banca entera se adhiera a las nuevas Instituciones. Creo que podré prestar un gran servicio al Gobierno». (*Vida política de un grado* 33, por Manuel Ojeda, páginas 28, 30 y 31).

En las tenidas en la Gran Logia Española (23-24-25-V-31) se forjó una *declaración de principios*, remitida a los ministros atareados en perjeñar la nueva constitución, en la que los embutieron, incluso el de la autonomía regional, que iba derecha al separatismo, conforme lo demostraron los estatutos catalán y vasco. La Gran Logia del Nordeste español se desinfló felicitando a Maciá al concederse el estatuto a Cataluña. En «La tragedia espiritual de Vizcaya» página 300 se consigna: «Se ha dicho que Aguirre está afiliado a la Masonería y hasta cuentan que se ha encontrado su mandil simbólico... A estas alturas es innegable que el nacionalismo vasco, que hoy manda en Vizcaya, tiene ramificaciones masónicas. En Bilbao existen pruebas y no tardando las conoceremos todos».

Nueve ministros de los once que formaron el primer gabinete republicano salieron de las logias, lo propio que centenares de empleados. El Boletín Oficial del Gran Oriente Español (10-XII-32) exigió que todos los empleados, afiliados a la secta, renovaran el juramento verbal y escrito, explicaran y justificaran la rectitud de su conciencia masónica en todos los actos de su vida masónica y política. A quienes desempeñaban cargos de elección popular y por nombramiento del gobierno se les hizo la correspondiente ficha y ante las autoridades de la secta tenían que prometer seguir, ante todo, la orientación de la cofradía.

Verdad clarísima es ya que los 13 puntos de Negrín, clamoreados *urbi et orbi* «como objetivo de un gobierno humanitario, digno de tal nombre», los redactaron miembros relevantes del Consejo Supremo del Rito Escocés, cuyo portavoz oficial «The New Age» embutió en las anchas tragaderas anglo-sajonas incontables hecatombes de masones y protestantes, inmolados por las milicias al servicio de Franco.

En la agonía de la dictadura primorriverista se vendían a las claras y con profusión insignias masónicas y la secta maniobraba mucho en el ejército, singularmente en el de Africa. Millán y Astray dijo a los comensales del general Mola: «Me consta que para ingresar en la secta obligaban a

los militares a redactar una tesis. La tesis consistía en acumular las mayores injurias contra el Ejército y contra España, «el país más retrógrado, tirano y miserable del mundo». De esta manera se aseguraban su adhesión con la amenaza de publicar un día el documento deshonroso que les habían hecho firmar» (*Ob. cit.*, pág. 191).

Dionisio Cano López denunció con datos firmes en el Parlamento (15-II-35) la mano que tenían las logias en el ejército y en el Gobierno. Masones eran los generales rojos Gómez Morato, Riquelme, Núñez del Prado, Caminero, Batet, Villa Abille, Villalba, Molero, Llano de la Encomienda, Miajas, Pozas, Martínez Cabrera, Martínez Monje, Castelló, Romerales, Mangada; en las logias entraron Sediles, Rexach, Pérez Farrás...; el comandante Herrero, ninfa Egeria de Batet en Barcelona, cuando mandó a la oficialidad que permaneciesen «sordos, ciegos y mudos» ante las provocaciones y los mueras a España hechas y dadas por los separatistas catalanes. La logia militar de Jaca funcionaba a todo vapor y de allí salieron Galán y García Hernández, a los que sus hermanos permitieron fusilar porque necesitaban pendones para la revolución y salvaron a Sediles por lo contrario. La camarilla masónica del Ministerio de la Guerra protegía y colocaba en los puestos de mando y de lucro a los afiliados a la secta, la mayor parte expulsados del Ejército por los tribunales de honor, cuyos fallos se anulaban con insolente cinismo.

Crecieron los trabajos afanosos masónicos mandando Berenguer y Aznar. Instaurada la república, se multiplicaron profusamente las logias hasta en los pueblos rurales, hasta en el presidio de Burgos y cárcel de Valladolid; frescas están las sanciones impuestas por masones a muchos oficiales de prisión; dejó la secta su clandestinidad y con ufanía exhibía por todas partes sus símbolos y chirimbolos y celebró «tenidas» bien campañeadas, como las dedicadas a la recepción de Azaña y al despertar masónico de Lerroux.

Ilegalmente ganadas las elecciones en Febrero del 36, Portela Valladares, masón de alto copete, por unos simples decretos, perjeñados en la secretaría del Gran Oriente español, hizo tabla rasa de las leyes votadas en las últimas Cortes y que corregían una mínima parte de los desafueros irreligiosos y antiespañoles de la primitiva legislación republicana. Uno de tales decretos amnistió a los penados por delitos comunes realizados en la octubrada del 34 y presidiendo el masón Giral el gobierno, por otro decreto puso en la calle, del 18

al 20 de julio del 36, la ralea delincuente que se pudría en cárceles y presidios y con ella formó el ejército del pueblo.

«La Gaceta del Norte» (13-XI-38) publicó íntegra el acta de la «tenida» que celebró en París (21-IV-1936) la logia «Libertade», destinada a los lusos revolucionarios; examinada la voluminosa correspondencia, remitida por la logia madrileña «Progreso» y la valenciana «Blasco Ibáñez», sacaron en limpio que el H. Danton (Casares Quiroga) desde la presidencia del gobierno «presta eficaz ayuda a los camaradas socialistas y sindicalistas españoles» y que Largo Caballero «afrentaría con toda decisión el movimiento revolucionario que se preparaba».

La Institución Libre de Enseñanza y la Junta de ampliación de estudios, integralmente masónicas, situó a sus criaturas en escuelas, Institutos, Normales, Universidades y restantes centros oficiales docentes y prepararon la generación revolucionaria de alma irreligiosa, materialista en las ideas, en las costumbres pagana, antiespañola queriendo y demagógica obrando.

Sirva de colofón este dicho: «La masonería española está plena, total y absolutamente con el Frente Popular» (*A B C*, Madrid, 20-X-36).

«La Sociedad de Naciones es la obra grandiosa que ha nacido en el regazo de las logias masónicas y a cuya realización se dedica la masonería sin reserva alguna», estampó en «La estrella brillante» Guebin, perteneciente a la logia «Acción socialista». Lo confirman los documentos metidos por León de Poncins en sus libros contra la secta.

Ese nefando, infausto y turbio artilugio sirvió de tablero para que se exhibieran Negrín, Barcia, Araquistain y Alvarez del Vayo; buscó desplazar al fatídico Comité de no intervención y así ingerirse en los problemas que suscitaba la contienda española; en su seno nacieron las comisiones de ayuda a los refugiados, control de bombardeos aéreos, recuento de internacionales repatriados, etc., disfrazando con hopalandas de humanitarismo y Derecho internacional la protección y ayuda a los rojos españoles y las inicuas y mendacísimas campañas contra España acaudillada por Franco. ¿Quién no recuerda los titánicos y perennes esfuerzos con los que masones ingleses, franceses, belgas, checos, yanques, argentinos, mejicanos..., fraguaron en Ginebra el complot internacional para forzar a la Sociedad de Naciones a pronunciarse de oficio en pró de la república moribunda, presidida por Azaña y gobernada, vamos al decir, por Negrín?

Masones eran quienes, ya en auge victorioso el Movimiento Nacional, sembraban por radio y prensa difamaciones y mendacidades contra los soldados de Franco, avivaban los entusiasmos e inclinaban juicios y simpatías de los extranjeros hacia los rojos españoles, a los que servían armamento, municiones, hombres y dinero las democracias dóciles a las llamadas de los masones Eden y Blum, en cuyas patrias y en las con ellas ligadas tenía las manos libres reclutando y equipando internacionales el masón español Carabias, pongamos por modelo.

Resumirá lo de susoescrito este documento, que vale por un libro voluminoso, y al que dió aire «El Día Gráfico» (Barcelona, 24-VII-38).

«La Masonería Simbólica del Gran Oriente Español ha tomado los siguientes acuerdos, que han sido remitidos a la Presidencia del Consejo de la República:

Primero. Dedicar un fervoroso recuerdo a cuantos españoles han caído víctimas del fascismo y en defensa de la libertad.

Segundo. Se acentúa nuestro recuerdo, lleno de emoción, por los hermanos masones que han sucumbido en esta lucha, tanto los que les sorprendió el movimiento faccioso en la zona rebelde, que *fueron asesinados en la proporción de cien por cien*, como aquellos otros que murieron frente al enemigo *con las armas en la mano por la defensa de nuestros postulados*, altamente humanitarios y progresivos.

Tercero. La Masonería Simbólica del Gran Oriente Español, que no pertenece a ningún partido político ni secta religiosa, ratifica en estos instantes su posición, ya conocida desde que estalló el movimiento faccioso, de adhesión y ayuda a

los gobiernos que se han sucedido, lo mismo que el actual, y expresa su deseo de poder continuar esta modesta ayuda para lo sucesivo.

Cuarto. Declara al mismo tiempo su fe inquebrantable en el triunfo de la Justicia, por la que luchará constantemente.

Quinto. Ratifica, también, su posición ante el mundo masónico de otros países y solicita de sus entidades hermanas, y muy particularmente de la *Asociación Masónica Internacional a que pertenece*, que sostenga, ante quien corresponda, su justa causa, cuya finalidad les afecta en primer grado, por cuanto al apoyarlos *defiende la vida de una de sus potencias masónicas*».

El subrayado es mío y así llamo la atención del lector para que se percate sobre la calidad de muchos caídos bajo el peso de la ley en España Nacional: masones, aliados con ellos, por ellos favorecidos y todos forjadores de una potencia masónica, cuyo internacionalismo es forzosamente antiespañol. Un día se conocerán las fichas masónicas de muchos ajusticiados en España Nacional y espero que Dios haga que abran los ojos los separatistas, los cuales, confesándose católicos, salieron en defensa de la masonería, como defendieron a los rojos de todo pelaje.

Sabiendo los planes tenebrosos de la secta masónica, se mete por los ojos que en la presente contienda se han jugado los españoles netos, fe, ideales, cultura, civilización, cosumbres, independencia, grandeza, libertad, hacienda y vida: el presente, el futuro y hasta el pasado glorioso. Si los rojos triunfasen en España se trocaría en colonia masónico-soviética, estrujada por los judíos, no me canso de repetirlo.

FR. ANTONIO CARRION, O. P.

Las checas de Barcelona

Mucho se ha escrito sobre la barbarie científicamente organizada por los rojos para atormentar a las víctimas; los métodos asiáticos de Rusia llevados al refinamiento.

Vean los lectores unos ejemplos que tomamos de informes recogidos en un centro informativo de Zaragoza:

Declaraciones del doctor Obach. — El doctor Obach nos ha enviado unas declaraciones amplias de las que entresacamos los párrafos que juzgamos más interesantes: «Los puñetazos iban siempre dirigidos hacia las mejillas y región palpebral y frontal, produciendo una hinchazón y hematoma que hacían cambiar completamente la fisonomía normal del martirizado; los latigazos se daban en el tronco desnudo del detenido, en donde quedaban marcadas las huellas lineales del instrumento de goma. Como actuaba de médico-detenido «a las órdenes de un practicante», curé, cuando nos trasladaron al vapor «Uruguay», a un muchacho de dieciocho años, que tenía más de un centenar de moraduras entre la espalda y el pecho. Las torsiones del tronco y extremidades producían en sus víctimas una completa parálisis durante varias semanas, acompañada de dolores verdaderamente lancinantes. Las duchas frías se administraban durante las primeras horas de la madrugada, o sea las más frías del día. El cuerpo, completamente desnudo, era rociado con agua procedente de deshielo, y después no era permitido poderse secar la piel. Muchas veces este suplicio era seguido por la llamada «carbonera» o compartimento que imposibilitaba toda posición horizontal o de descanso. La silla eléctrica era el aparato que, por ser el peor de todos, fué más comúnmente empleado. Mediante un reóstato se graduaba la intensidad de la corriente, hasta llegar a la descarga intolerable e incompatible con

el normal funcionamiento del sistema nervioso; el resultado variaba naturalmente, según la constitución de cada detenido.

Conozco dos casos seguros de muerte y algunos de desequilibrio nervioso permanente a consecuencia del choque. En los casos más afortunados les producía unas quemaduras en ambas muñecas, que eran los puntos donde ajustaban los electrodos. Muchos tendrán definitivamente una doble cicatriz, que les recordará siempre la penalidad sufrida. El casco eléctrico era una refinada variación de la silla y estaba compuesto por un aparato semejante al empleado para secar el cabello de las señoras, y con dos electrodos que se ajustaban a las dos regiones parietales, o temporales. La corriente era, pues, intracerebral, y ocasionaba verdaderos ataques de locura, algunas veces definitiva.»

Más testigos. Juan Bas, agente comercial, relata que a un compañero de prisión, apellidado Serra, exalcalde de Gerona, le tuvieron durante treinta y seis horas colgado con argollas y completamente desnudo, arrojándole periódicamente cubos de agua fría en los riñones.

A otro le pusieron frente a los ojos un potente foco eléctrico encendido, al mismo tiempo que hacían sonar insistentemente una campanilla encima de su cabeza.

Refiere también el suplicio de otro de los detenidos, a quien le arrancaron numerosos trozos de su epidermis. A uno de los detenidos, cuyo nombre no recuerda, le preguntó uno de los guardias por qué estaba detenido. Contestó que por fascista. «¿Pero, tú sientes eso?», le preguntó el guardia. «No solamente lo siento, sino que, si tuviera la posibilidad de pasarme con ellos lo haría. Esto fué suficiente para que pusieran el hecho en conocimiento del jefe, quien llamó al prisionero y le hizo la misma pregunta.

Por la noche todos los agentes del S. I. M. desfilaron ante él, pegándole con garrotes. Durante la noche montaron una guardia a su lado, sin permitirle que aplacara su sed. Al día siguiente moría, para descansar eternamente de aquel terrible suplicio.

A otro compañero suyo, que guardó en su saco avellanas que había cogido en el campo a la vista de su vigilante, le dieron una tremenda paliza con unos garrotes de púas. Cada vez que se incrustaban éstas en la carne del detenido, tiraban violentamente, produciendo los consiguientes desgarrones. Los destrozos fueron tan horribles que hubo que amputarle el brazo. Como no tenían gasas para las heridas, tuvieron que utilizar tiras de la tela en la que se envuelve la carne congelada, lo que agravaba más las llagas, puesto que no estaban desinfectadas.

Ramón Riera Vidal, de Almacellas, soldado de aviación de servicio en el Parque Central de Automóviles de Barcelona, el día 8 de abril del pasado año fué detenido y llevado, amenazado con pistolas y casi desnudo, hasta el XI Cuerpo de Ejército, establecido en Cubells. De aquí, custodiados por doce policías, por haberse confesado, en una declaración, ferviente católico, fué trasladado a Montolar, en las estribaciones del Pirineo, y de allí, en iguales condiciones de abandono y tortura, a Igualada, donde fué sometido a diversos tormentos, para obligarle a declarar y confesarse reo de delitos no cometidos. Su calvario no terminó aquí, sino que, maniatado y amenazado con pistolas, fué llevado al S. I. M. de la Bonanova y luego al castillo de Montjuich, donde le metieron en una celda de castigo, llamada «el tubo», por su forma, más o menos cilíndrica.

Los sufrimientos de Ramón Riera siguieron cada vez más duros, hasta el extremo de que llegó a pedir a Dios en sus oraciones, que le concediera la muerte, única manera de terminar con tanto suplicio. Sin embargo, estaba escrito que no debía acabar así la humillación de tan ejemplar ciudadano. Al cabo de tres meses de su encarcelamiento, en el castillo, un día fué trasladado a un campo de trabajos forzados, donde los pobres condenados trabajaban duramente y dormían a la intemperie, sin mantas y sin alimento de ninguna clase. De este campo se le trasladó a las celdas del antiguo seminario, donde fué interrogado sobre

sus creencias religiosas; y habiendo contestado que era ferviente católico, arreciaron los castigos y se hicieron cada vez más duros y crueles. Del antiguo Seminario fué llevado a San Juan Despí, a una cantera, condenado nuevamente a trabajos forzados, y luego a Cornellá, donde le ocuparon en hacer fortificaciones alrededor de los depósitos de la Campsa. Tanto en uno como en otro de estos campos, el trabajo era agotador, de sol a sol, y sin tomar nada en todo el día. Por la noche les daban un miserable yantar, que muchos tiraban lejos de ellos, con gran repugnancia, a pesar del hambre que sentían.

Otra vez pasó al Castillo de Montjuich, sufriendo enormemente durante cuatro meses, hasta que las tropas de Franco le restituyeron a la vida, dándole la libertad. Los que eran puestos en libertad no lo eran de una forma definitiva, sino provisional, y tras del padecimiento les hacían firmar las siguientes declaraciones, que el S. I. M. tenía impresa con el membrete del Ministerio de la Gobernación, Departamento especial de Información del Estado, y que servía para que al menor deseo de un agente pudiese ser detenido otra vez y ejecutado. Textualmente y por la felonía que encierra hacer firmar a un pobre hombre martirizado esta declaración, la transcribimos:

Dice así: «Al concedérseme la libertad, *quedo enterado* que ello no significa la libertad íntegra, por cuanto quedo sometido a la vigilancia y control riguroso del Departamento Especial de Información del Estado.

«*Estoy advertido* de que la ficha que se me hace ha de completarse posteriormente con indagaciones e informaciones policiales, que reflejen exactamente la trayectoria de mi línea de conducta política, moral, social y económica; y que cualquier desviación ha de ser sancionada y considerada como delito de alta traición, y, como tal, severamente castigado e internado en un campo de trabajo hasta la terminación de la guerra.

«*Me abstendré*, en absoluto, de hacer manifestaciones sobre los hechos que motivaron mi detención, clase de vida que hice durante mi prisión, conversaciones que en la misma oí y de mencionar datos relacionados con los detenidos, y todo lo que hace referencia a las personas y organismos policiales por los que he pasado.»

Prólogo de Ruinas y de Cenizas

El abandono de los gobiernos liberales en la conservación de Iglesias y monumentos.—Los cinco años de república son una continua quema de conventos e iglesias.—El mayo de incendios y el octubre rojo.

Los daños causados a la Iglesia Española por la revolución roja son tan inmensos que ellos, por sí solos, hubiesen constituido para la Iglesia una verdadera catástrofe. Pero esta tragedia tuvo un prólogo que la hace todavía más terrible. Para darse exacta cuenta de la verdadera gravedad del daño que hoy sufre la Iglesia de España, no hay que perder de vista aquellos preludios de la catástrofe.

—o—

Envidia era del mundo la Iglesia Española. Sus templos, sus monumentos religiosos, su arte sagrado tenía el prestigio universal de lo maravilloso. La secular evolución de la historia y de la civilización de España, tan complejas y ricas, habían contribuido a la riqueza y a la variedad de nuestros monumentos religiosos. Cada una de las civilizaciones o simplemente influencias, romana, goda, árabe, renacentista, y todas las demás que, a cada etapa de nuestra formación nacional, han ido acreciendo el opulento caudal español, dejaron también en la sagrada heredad de la Iglesia, monumentos de arte y de religiosidad que pregonaban el paso famoso de siglos, de generaciones, y de culturas. Por eso se puede afirmar que las más ricas variedades monumentales del culto, tenían no sólo representación y muestra, sino modelos inapreciables y ejemplares multiplicados en nuestros templos, en nuestras joyas, en nuestro arte religioso.

Durante muchos siglos gastó la Iglesia Española gran parte de su peculio en conservar y en acrecentar ese magnífico patrimonio. Pero, a partir de las desamortizaciones del siglo XIX, la Iglesia, exhausta y empobrecida, apenas si pudo hacer otra cosa más que llamar la atención hacia el peligro de ruina que comenzaban a correr tantos viejos templos y tantos monumentos de arte, abandonados y desatendidos.

Pero el Estado desoyó los gritos de alarma de la Iglesia..., y comenzaron las ruinas. Oprobio se-

ría, por siempre, para los gobiernos liberales del siglo XIX y de este primer tercio de nuestro siglo, el haber consentido que tantas Iglesias de España se fuesen desvencijando y desmoronando por no encontrar entre los cientos de millones del presupuesto, unos puñados de pesetas que pudiesen dedicarse a la conservación de los edificios y monumentos religiosos, lugares sagrados de un pueblo creyente y, a la vez, tesoro inapreciable de arte y rica herencia de una nación católica.

Pero el más vergonzoso y el más inconcebible oprobio estaba reservado para los años de la flameante República Española de 1931.

Durante aquellos cinco años, no fué ya la incuria y el abandono lo que hizo estragos en nuestros templos y en nuestro tesoro sagrado; fué el sectarismo y el odio y la furia desbordada de unas hordas, sin freno, lo que emprendió la tarea bárbara de convertir en ruinas y en cenizas la herencia sagrada que siglos de fe y de piedad nos habían legado.

Asusta, aun a estas alturas, aquella no interrumpida cadena de llamas, que desde los primeros meses republicanos, se va tendiendo de iglesia a iglesia, de catedral a capilla, de colegio a convento, por el aire católico de España.

Cerca de un centenar de iglesias y casas religiosas ardieron ya o fueron devastadas en los tres primeros días rojos del primer mayo de la República.

En Madrid es incendiada la bellísima iglesia de Santa Teresa, en la plaza de España, con el convento de los Padres Carmelitas. Es presa del incendio la iglesia y Casa Profesa de la Compañía de Jesús, quedando reducida a cenizas su biblioteca de ochenta mil volúmenes. Arde también el Instituto Católico de Artes e Industrias y, en sus llamas parece la inmensa labor de investigación histórica llevada a cabo, durante años, por el ilustre jesuita, Padre García Villada.

En Valencia, sufren grandes daños unos quince edificios sagrados.

En Alicante son pasto de las llamas siete iglesias y casas religiosas y otras cinco son devastadas. Más de dos mil niños y niñas quedan sin colegio, sin maestros y sin libros. Todas las religiosas, en la calle, sin casa, sin ropas y sin recursos para poder vivir.

Málaga, es, toda ella, un incendio que borbota su llamarada en cualquier sitio de la ciudad donde una cruz o una torrecita señala una iglesia o una capilla o un convento religioso. Entre iglesias y casas religiosas sólo quedan en pie unas ocho. Todos los demás edificios sagrados han perecido en el incendio y con ellos los más inapreciables tesoros de arte, como aquella maravillosa escultura del Cristo de Pedro Mena, destruida en la iglesia de Santo Domingo.

Hay, además, incendios de iglesias y de conventos en Granada, en Almería, en Algeciras, en Murcia, en Córdoba, en Cádiz, en Sevilla...

Orgía de fuego sacrilego para celebrar el nacimiento de la República. Por cierto que, en esta orgía, los incendiarios eran, frecuentemente, unos cuantos mozalbetes desarrapados, pero el gran incendiario fué aquel gobierno que no les iba a la mano, porque, como entonces afirmó uno de los ministros, «todos los conventos de España no valían lo que la vida de un sólo republicano».

Pero la República no celebró tan solo su nacimiento con este regocijo de incendios. A medida que crecía y se desarrollaba, ibase repitiendo la fiesta. Como si aquel crecimiento republicano de que habló Marcelino Domingo hubiese de tener el signo del fuego para ser real y efectivo.

No faltan quemas salteadas de iglesias en los meses siguientes, del primer año republicano, pero es, sobre todo en enero de 1932, cuando vuelven a repetirse, con más intensidad, en Zaragoza, en Cardona, en Cádiz.

En el mes de abril es incendiada en Sevilla la iglesia mozárabe de San Julián y corre un grandísimo riesgo la misma Macarena.

En julio queda reducida a cenizas, en Granada, la de San Nicolás, antigua mezquita.

Octubre se ilumina con las quemas de Cádiz, de Marchena, de Loja...

Y sigue el año 33, tan rojo de llamas sacrilegas como los interiores.

Y tiene este año, especialmente, un diciembre rojo, en el cual, sólo durante la noche del día de la Inmaculada, arden en Zaragoza diez iglesias y conventos. Aquella misma revuelta anarco-sindicalista trae el incendio de seis iglesias en Granada y la quema, en Calatayud, del Santuario de la Virgen de la Peña, monumento del siglo XIII, lleno de bellezas y cargado de historia.

El año 34, el de la bufa tragedia Lerroux-derechas, parece que debió haber sido año de tregua, siquiera, para las Casas de Dios. Pero solamente en la revolución socialista de octubre son incontables las iglesias incendiadas, singularmente en Asturias. Barruelo y toda la cuenca minera se enrojecen de incendios, con su Cámara Santa, la iglesia de Santa Cristina de Lena, con once siglos de historia, y otros innumerables templos en As-

turias, León, Ponferrada, Cataluña, Aragón, Rioja, Valencia...

Y todavía en el año 35, bajo la calma aparente que produjo la insípida e incolora represión de la revuelta de Octubre, una diabólica fecundidad vuelve a hacer rebrotar, acá y allá, penachos de fuego y de humo que coronan iglesias y conventos. Pasos de Semana Santa, abrasados en Zaragoza y otros pueblos aragoneses; imágenes destrozadas y sepulturas violadas en Castellón y en Andalucía, y otros parecidos desmanes son los frutos tristes de aquella política de condescendencias con la revolución.

Y son, a la vez, el precursor cortejo que prepara la entrada del 1936, el año de las elecciones de febrero. Estas elecciones, con el triunfo, siquiera fuese amañado, del Frente Popular, marcan, otra vez, el rumbo claro y definitivo de la República Española.

Sin duda para celebrar aquel triunfo, ya, a los cinco días de las elecciones, comienzan las quemas en Málaga, Coruña, Alcoy, Alicante, Jaén, y, en días sucesivos, como si fuera de verdad un fuego que se propaga, reproducense los incendios en toda España.

En el mes de marzo, una primavera de llamas va brotando por Cádiz, Toledo, Valencia, Baracaldo, Jerez de los Caballeros, Oviedo, Granada, Vallecas, y otras ciudades y pueblos.

El día 13 arden, en Madrid, las iglesias de San Luis y de San Ignacio. El amanecer del 14 es, en Logroño, un reflejo siniestro de las llamas que abrasan varios conventos e iglesias; el 22 arde, en Valladolid, la iglesia parroquial del Carmen. Por los mismos días las llamas devoran iglesias en Tella, Albacete, Jumilla...

En el mes de abril avivanse nuevos focos en Jerez de la Frontera y en Grazalema. Madrid ve convertirse en cenizas la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, el Colegio Salesiano y las Escuelas del Pilar.

Entrado ya mayo, los incendios, como una epidemia, se van corriendo por León, Valencia, Andalucía, Miranda de Ebro, y, para decirlo de una vez, por toda España.

Y así continúa esta bárbara primavera de fuego en los meses siguientes, junio y julio, hasta el día glorioso en que la espada de Franco, alzada en alto, fué señal de rescate y de liberación.

Ciertamente, la guerra que siguió al Levantamiento ocasionó los incendios y destrucciones que luego veremos, pero es indudable que de no haber ocurrido este hecho heroico y providencial, el fuego republicano, con más seguridad y con más impunidad, hubiese acabado por reducir a escombros y cenizas hasta la última ermita de la más arrinconada aldea. Bien alto y bien claro pregonaban los cinco años pasados el porvenir que esperaba a nuestras iglesias, a nuestros conventos, a nuestras catedrales, a todos nuestros edificios de carácter religioso.

A. DE CASTRO ALBARRAN
Magistral de Salamanca

Uno de suerte

Los lectores han visto relatos terroríficos y veraces de las persecuciones sangrientas. Como hubo de todo, gustarán de leer éste, tragicómico, de los escasos que pudieron llamarse con fortuna. Su autor es un Hermano Coadjutor de la Compañía de Jesús, con residencia en Madrid.

—o—

22 de julio. Registro de nuestro piso de Santa Bárbara, por cinco milicianos, lo que nos dió a entender que peligrábamos ya en serio.

23 de julio. Consumido el copón, se inició la dispersión general. El Padre Ayala nos aconsejó que nos fuésemos, aunque quedase el piso solo. Por la tarde de dicho día subí a nuestro piso, y veo a los porteros todos afanados en sacar maletas nuestras, diciéndome que a la hora de la misa habían venido a detenernos. En esto la portera que me dice: «Súbase al desván, que vienen por usted, que lo han visto entrar». Subí al piso superior y de allí los oía: «Que no se escape por la puerta de servicio.» Por no comprometer a la familia en cuyo piso me hallaba, determiné presentarme a ellos: «¿Buscáis a los de ahí? Pues soy uno de ellos.» Cinco o seis milicianos me apuntaron con sus fusiles: «¡Manos arriba! ¡No te muevas!» A lo que repliqué: «¿Pero es que estoy seguro con vosotros?» «Si», contestaron. «Al coche». Uno gritaba: «A este hay que matarle.» Fui a parar a la Comisaría de Chamberí, donde me importunaban dijese dónde se encontraban los Padres Ayala y Peiró. «Aquí tenemos un satélite del P. Peiró». No obstante me trataron bien y me permitieron telefonar al Padre Provincial cómo me hallaba detenido.

24 de julio. Fui conducido a la Dirección General de Seguridad. Allí en un calabozo pequeño, mucha gente. Aquello se iba poniendo cada

vez más serio, y entrada la noche todo el mundo se temía un asalto a la Dirección General de Seguridad por parte de las turbas. Hasta se señalaban las dos de la mañana del día siguiente como hora de asalto. Entre estos temores resultamos siete con ataques de nerviosismo horroroso. Me hallaba muy mal, y me dirigí al Sargento del Cuerpo de Guardia. Me contaron luego que decía: «Voy a ser mártir, me van a martirizar. Ya que no lo conseguí en la Plaza de España (1), ahora lo voy a alcanzar». Trataron de darme un calmante, yo lo rechazaba diciendo que era veneno. Lograron ponerme una inyección y comencé a serenarme, llegando después de un rato a dormir también. No se me olvidarán los cuidados que me tributaron en este trance dos piadosas señoras: la suegra y la esposa de Ruiz de Alda, detenidas también conmigo. Al día siguiente amanecí otro ya más sereno.

25 de julio. Los ruegos de un sacerdote consiguieron ponerme en el Hospital General. En mi sala éramos trece entre sacerdotes y religiosos custodiados por la Guardia Civil.

2 de agosto. Disuelta la Benemérita, sustituyeron a los guardias por milicianos. Comenzaron las indagaciones, las amenazas. Llamamos al Médico, que nos logró tranquilizar y consiguió que nos devolviesen a la Dirección General de Seguridad escoltados.

A otro día fuimos a dar a la cárcel de Ventas. Me preguntaron allí entre otras cosas por mi profesión. Contesté que cocinero, y me mandaron a cocinar para la enfermería, con los ayudantes que me dieron, un teólogo capuchino y otro estudian-

(1) Cuando los incendios del 11 de mayo de 1913, estaba con la soga al cuello, al llegar un piquete de soldados, que lo libraron.

te salesiano. Entre los que alimentaba con mis sudores se cuenta el P. Romañá, el P. Agustín. Macía y el H. Deán. Luego he sabido que también sustenté, sin saberlo, la vida preciosa de otro jesuita, P. Valentín Medina, que se hallaba allí oculto en casa de un oficial de prisiones.

Era por todos solicitado a darles lo que necesitaban; les asistía con aceite y otras cosillas de comer, no sin temer las peloterías del Médico, detenido también y encargado mío, que temía no le viniese a él algún mal, si yo me extralimitaba en mis caridades.

Aquella cárcel era un depósito de religiosos y sacerdotes. Basta con decir que había 330. De ellos me aprovechaba yo para mi oficio. Iba con libertad a ellos, pidiendo voluntarios para el pelado de patatas; diez o doce me hacían falta. Como eran tan buenos, apenas me veían, todos gritaban: «Hoy me toca a mí, hoy me toca a mí». Claro que luego les consolaba con un vaso de leche u otras cosillas. Este departamento depósito de la cárcel de Ventas, de gente de Iglesia, no tuvo que lamentar ninguna saca. Dos oficiales anarquistas encargados de su custodia, cambiaron muy pronto su manera de pensar acerca del clero, viendo la humildad y paciencia de los pobres, y no permitiendo que sacasen los milicianos ni uno sólo al paseito. Por eso contrastaba más el temor del médico, apellidado Bravo, que no lo era en verdad más que de nombre con los pobres hambrientos de Cristo.

—o—

Nochebuena. Gran consuelo el de todos con la misa del gallo. La dijo un agustino en el descanso y hueco de una ventana.

También en la cárcel de Ventas tuvimos nuestros serios temores. Veíamos cómo se iban despidiendo de nosotros muchos de nuestros compañeros, ignorando cuándo nos podía caer a nosotros la misma fortuna. Dos veces fueron a asaltar la cárcel los milicianos, una de ellas traían nada menos que 20 ametralladoras. Gracias a tres carros de asalto que nos mandó la Dirección de Seguridad y a la concesión trágica que les hicieron de que se contentasen con entrar sólo unos nueve a elegir las víctimas que se les antojase. En otra ocasión me libró el Señor de un tiroteo inmenso que se armó contra la enfermería desde la azotea de enfrente. Había yo bajado por el suministro a la hora que otros días me hallaba en mi habitación que resultó cosida por las balas.

Por este tiempo don Ramiro de Maeztu vivía

con nosotros, y yo le hacía la cama, tratando de consolarle lo que me era posible. Fui llamado tres veces a declarar, y todas las tres confesé que estaba de cocinero en Santa Bárbara, 10.

10 de mayo de 1937. Fui puesto en libertad sin haber precedido juicio. La noche la pasé en un albergue que me buscó el P. Ponce. Aquí tuve que volver la noche siguiente después de buscar en vano cobijo en cinco casas distintas. Luego pasé a una pensión, luego a otra casa. Para no ser gravoso determiné trabajar para buscarme el sustento por mi mismo. Vendía leña, carbonilla y huesecillos de aceitunas para los braseros, recogía en el Pardo bellotas y con ellas puse un puesto para venderlas. Todo en comandita con otros religiosos, a quienes había conocido en la cárcel. Muchas casas nos conocían, y por eso mismo nos compraban. De distinta suerte fué una portera, que también nos conoció en cierta ocasión, dejándonos entrar, para luego gritar y hacernos caer en las manos de un policía, que había preparado en la puerta. Al pedirme documentación, saqué un certificado que me habían dado los vascos y otro del Socorro rojo. Esto no vale dijo el policía. Lo mismo pasó a mis compañeros. Entonces, cuando era mayor nuestra zozobra, nos dice el policía: «¿Luego ustedes son vascos, de los católicos? Pues vayanse.»

Entré luego en sociedad con un amigo del Padre Ponce. Nuestro negocio sería vender camisas. Al fondo de la sociedad fueron a parar mis ahorrillos, y efectivamente nos hundimos hasta lo más profundo. Casi, casi llego a perderlos por completo.

Esto, y el no encontrar modo de obtener el certificado o carnet de trabajo con que asegurar mi existencia, me hizo emprender nuevos derroteros. Me fui a trabajar en el ferrocarril de las cuarenta horas. Dieciocho meses inolvidables desde el 22 de agosto de 1937 a noviembre del 38. Trabajé a pico y pala, hice de sanitario, guarda de una excavadora, de colocador de vías para vagoneta. Vendía en los ratos libres quincalla en un puestecillo en la plaza, siendo más frecuentado mi puesto que el de otros, porque vendía más barato. Tuve gran aceptación en Oruzco y Ambite, donde mucha gente sabía lo que era, y me compraba; a veces también tenía que irme con los trastos enfadado, pues no podía con el jaleo que me armaban las mujeres, algunas de las cuales me robaban lo que podían. Había también gentecilla peligrosa, que se fijaba en mí, a quienes a veces oía estas lisonjeras palabras: «Si supiéramos que es fraile, lo matába-

mos ahora mismo». No había más remedio que disimular con algunas artimañas, que esta vez me salieron mejor que en la Plaza de España, el día de la quema de los conventos. Recorría los pueblos vecinos cambiando cosas por pan y harina o aceite, que luego traía a Madrid para dar a los nuestros y a sus familiares y a bienhechores de la Compañía.

Grandes trabajos y peligros hube de pasar en este género de vida, teniendo que montar con frecuencia en los trenes hasta en el mismo tope, agarrado de una mano el vagón y con la otra en mi saquillo. En esta postura más de una vez tuve que aguantar la lluvia y los fríos. Otras veces a pie con parecida fortuna. De Oruzcó a Mondejar (once kilómetros), a la vuelta, en pleno desierto, nos cogió una lluvia torrencial a mi compañero y a mi y tuvimos que pasar la noche en un chozón de pastores, secándonos la ropa como Dios nos dió a entender.

Chasco el del día siguiente, que tuvimos que salir a repetir nuestras andanzas rumbo a otros pueblos. ¡Cuál sería nuestra sorpresa cuando después de una hora de andar nos encontramos que nuestro camino nos llevaba al pueblo del día anterior! Total veinticuatro horas sin comer. Nos dieron por fin algo de pan y nos encaminamos a Oruzcó. En Loeches me detuvieron. Era necesario llevar guía de unas aceitunas que había logrado reunir. Menos mal que di con un sargento comprensivo: «Para que vea usted, que soy humanitario».

Cierto día un compañero mío de trabajo cortó

unas cepas de una tierra, y en las averiguaciones fui yo también con mis huesos a dar en un calabozo por cuatro horas. La luz de la justicia se hizo, y me pusieron en libertad. Recayó sobre mí de nuevo entré mis cofrades la sospecha si yo sería tal vez fraile, y me denunciaron, puesto que si lo era, mi puesto debía ser no la vía, sino el frente. El jefe que recibió la denuncia no hizo gran caso, y yo seguí viviendo, gracias a eso, tan tranquilo.

Peró no se habían acabado los sustos, ya que en esto comenzaron a llamar quintas y una de las llamadas podía ser la mía. Así lo fué en efecto, y tuve que afrontar la fuga con todas sus consecuencias. Pude obtener una cédula con el nombre de Raimundo López, de 52 años de edad. Para parecerlo mejor, me dejé la barba y bigote y aumenté un poco la joroba. Conocidos me decían este tiempo que no hacía mal del viejo.

Iba en una ocasión de un pueblo a otro a buscar comestibles. Dos milicianos me acompañaban de más edad que yo. Cual sería mi alegría a poco, cuando uno de ellos, admirado de verme andar, salta, refiriéndose a mí: «¡Cuidado que arrea el abuelo! Pero mayor y más expresiva mi alegría cuando el 28 de marzo sentimos ya los cautivos el fin de nuestro cautiverio. Yo también me asocié a las comparsas de fascistas que atronaban las calles de Madrid con voces de victoria y gritaba con toda mi alma, para que todos me oyesen: «Ya han entrado. Ya han pasado.»

Hospitales rojos

«¡Cuánto hemos sufrido, Madre!—me contaban a su regreso las enfermeras—. Porque en el Hospital, un Hospital magnífico..., no había nada; nada más que miseria y suciedad. Ni medicinas en el botiquín, ni alimentos en la despensa, no había carbón, ni ropa... Es decir, sí, ropa sucia muchísima; sólo en un cuarto había amontonadas 17.000 sábanas, en tal estado de suciedad que la mitad estaban podridas y hubo que tirarlas. En todos los cuartos y salas de los heridos había ropa sucia... Y otros muchos objetos sin limpiar desde sabe Dios cuando. Los cuartos de baño estaban llenos hasta el techo de algodones y gasas sucias procedentes de las curas y otras cosas que no se pueden describir. Cuando nosotras llegamos estaban los he-

ridos sin tomar alimentos desde hacia dos días y antes había sido tan escaso que aquello no eran hombres, eran fantasmas y sombras, que no creo, por mucho que se les cuide, vuelvan a ser hombres en su vida. Bastantes han perdido la vista de pura debilidad, otros, la razón, y todos tienen las heridas tan enconadas, por falta de limpieza, que muchos miembros habrán de ser sacrificados, felices aún si con ello pueden salvar la vida. Cuentan los supervivientes horrores de lo que han pasado, física y moralmente. «¡Ah!, señorita —decía uno—, gracias a Dios que vienen a cuidarnos mujeres de verdad!» Y otro: «Ahorro podremos rezar el Rosario en voz alta...».

Cuestión que no puede soslayarse

Frases de S. S. León XIII y Pío XI

Los egregios autores de las famosas encíclicas *Rerum Novarum* y *Cuadragesimo Anno*, tan traídas y llevadas y no siempre fielmente interpretadas, profundamente preocupados y con clarísima visión de las realidades sociales, como Supremos Pastores de la grey católica han levantado su autorizada voz para advertirnos los peligros sociales existentes, y así no seamos sorprendidos por los acontecimientos. El primero, reconociendo el hecho de la disolución social moderna censura a quienes adulan al obrero y «prometen al desventurado pueblo una vida libre de fatigas y penas, regalada y consagrada al ocio y continuos placeres», porque con ello «lo hacen caer en el error y es víctima de un engaño que con el tiempo producirá males mayores que los presentes». El segundo dice de manera rotunda que «el gran escándalo del siglo XIX es que la Iglesia haya perdido de hecho a la clase trabajadora en su mayoría».

Este indiscutible hecho, que todos vemos y podemos comprobar, es algo trascendental y raro, calificado con toda razón y exactitud por Pío XI de escándalo, puesto que Cristo dignificó y santificó el trabajo manual, considerado antes como cosa servil y despreciable, viviendo y trabajando la primera etapa de su vida en la casa de un humilde carpintero, y, cuando en la segunda quiso doctrinar al mundo, escogió para esa misión elevadísima doce obreros pescadores.

Como no se da efecto sin causa, este extraordinario hecho la de tener la suya propia, peculiar. Prescindiendo ahora de las causas remotas y de los detalles de las próximas muy complejas por no constituir el tema de este artículo, materia de

otro, puede decirse, de manera general, que los obreros han sido despojadas de sus creencias religiosas por una propaganda continuada y aviesamente llevada para fines inconfesables y por medios indignos y reprobables por los enemigos de Cristo y de su Iglesia. Los principales de esos medios han sido la adulación y el engaño, predicándoles derechos de que carecían, dispensándoles de deberes que todos tenemos, haciéndoles promesas que jamás habían de cumplir, anunciándoles una felicidad en la tierra que nadie disfruta, ni pueden dar las riquezas, ni la ciencia, ni la posición social..., y menos ellos con sus mentiras, inoculándoles el veneno antirreligioso y materialista para separarlos de la religión católica, único bálsamo que puede suavizar ineludibles penas de los ricos y de los pobres, pues nadie deja de tener las suyas, desde el Jefe del Estado al más pobre de los ciudadanos, desde el Sumo Pontífice al último de los fieles, con todo lo cual los convierten en materia apta para toda clase de subversiones y revoluciones a causa del estado de descontento, de desesperación, de odio, de envidia y de rencor en que los deja. En resumen, levantando todas las bajas pasiones humanas contra la verdad y el bien poniéndolas al servicio del error y del mal.

Pero se dirá y con motivo: ¿y los católicos nada han hecho? ¿Han visto impasibles una desgracia tan grande para la Religión, la Patria y los mismos desventurados obreros? Nada de eso. En España se ha trabajado tanto o más que en ningún otro país por el obrero; católicos pudientes han empleado cuantiosas sumas en obras e instituciones de todos los órdenes en favor del obrero y de sus hijos; han colaborado e influido para

que la legislación amparara todos sus derechos y no se les cargase con obligaciones duras e injustas... ¿Entonces cómo se explican los desastrosos efectos obtenidos? ¿Es que falta ahora virtud al catolicismo para regenerar y salvar las almas, como en otros tiempos las ha regenerado y salvado?

Antes de contestar estos interrogantes hemos de consignar que el fenómeno, en menor o mayor grado, es mundial no peculiar de nuestra patria, lo cual demuestra que las causas han de poseer esa misma universalidad que los efectos. Desde luego las causas son muchas, complejas y de carácter general, y tan enlazadas y hábilmente dispuestas que denotan una mano oculta y poderosa que les comunica eficacia y unidad en todo el mundo; quien no vea esto es que está ciego o cierra de intento los ojos.

Esta mano oculta que promueve la revolución mundial son las sectas que en una lucha secular contra Cristo y su Iglesia, «adversum Dominum et adversum Christum ejus», utilizan medios distintos en cada época, y ahora se valen del comunismo, aunque ellas nada tienen de comunistas, y, si vencieran en la contienda, arrojarían muy lejos de sí al comunismo, al que sólo aprecian como instrumento de combate contra el catolicismo. Claro está que pudiera no resultarles el artero procedimiento, pues, cuando un río se desborda, no es fácil hacer correr las aguas por los cauces que convienen al insensato que ocasionó el desbordamiento; pero esto no nos interesa ahora.

Una vez presentada la cuestión social en el plano y forma, en que hoy se halla colocada, ya se puede contestar razonadamente a la anterior pregunta. En España y en todo el mundo los católicos, en general han trabajado, y no sin desprendimiento y abnegación, para que los obreros no se fueran con los enemigos de Cristo y de su Iglesia, pero, en general, con indiscutible desorientación no ahondando en el problema, fijándose sólo en la superficie y no utilizando para su actuación los medios propios y específicos del catolicismo en toda su pureza y virtualidad divina, se ha acudido a humanas diplomacias para llevar los obreros a Cristo ensanchando la puerta de entrada en el catolicismo, prescindiendo, y no sé si ocultando, la frase evangélica «arcta est via quae ducit ad vitam», es estrecho el camino que conduce a la vida, tratando de suavizar la santa autoridad de la doctrina evangélica sin fijarse en que con ello la privaban a la vez de su virtud divina, única con fuerza bastante para sacar al hombre de la esclavitud de sus instintos materiales y sensibles y

elevarlo a las altas y puras regiones del espíritu, desde donde se ven las cosas de la vida presente y de la futura a su luz propia y verdadera, y valorarlas con toda verdad y justicia. Entre los medios diversos usados por Cristo y los Apóstoles y consagrados en la práctica por la Iglesia, no figuran las habilidades diplomáticas para ocultar la plenitud de la verdad y menos para limarla y disminuirla; la diplomacia puede ser útil para muchas cosas, menos para elevar las almas y llevarlas a Cristo que es la Verdad absoluta y substancial.

Esto que muestra la teoría lo comprueba la práctica. Después de un siglo de arreglos, componendas, concesiones doctrinales, limaduras y retoques a la verdad para suavizarla y privarla de su natural dureza (con lo cual sin pretenderlo se le priva de su inmensa eficacia y virtualidad) ensanchamiento de puertas para facilitar la entrada, transacciones, *comprendivos* oportunismos y demás convencionalismos de una sociología epidérmica y puramente humana y a veces casi pagana... ¿qué se ha conseguido? Nada, menos que nada, pues se han alejado de nosotros la mayoría de los obreros; no hemos tenido fuerza bastante para obtener la victoria en la lucha formidable presentada por el enemigo en el campo social, porque nosotros neciamente hemos usado armas que no eran las nuestras ni podíamos manejar, mientras ellos han usado las armas propias suyas, adecuadas a sus peculiares fines de captar las masas sin preocuparse de la verdad, de la justicia de la razón y del derecho; por otra parte, ellos en su labor iban a favor de los instintos irracionales humanos, que siempre corren hacia abajo, como todo lo material o materializado, por lo cual su actuación era de suma sencillez y nada sobrehumano necesitaba, bastaba suprimir los frenos de la razón y de la conciencia para que las muchedumbres, cual río que rompe los muros que le encauzan, se precipita hacia el abismo, que esto es lo realizado por los sectarios. Ello, como decimos, nada tiene de laborioso y árduo, pues todo lo que tiene de difícil levantar un edificio lo tiene de fácil derruirlo, basta colocar y hacer estallar unas cuantas minas de explosivos.

Salta a la vista que los medios usados para derruir no son aptos para edificar. He aquí el error fundamental en que han caído los sociólogos de derechas de todas partes y entre ellos la mayoría de los hoy llamados *católicos sociales* por estar prohibido llamarse *católicos socialistas*, como antes se pretendió; esto demuestra que, quienes así

sentían, trataban de imitar y seguir los procedimientos de los socialistas para elevar a los obreros al alto plano de verdad, de justicia, de espiritualidad, de moral, de derecho..., en que se mueve el catolicismo, lo cual es un verdadero imposible.

En resumen el socialismo, el comunismo y el marxismo en general se basan en la concepción materialista de la historia y de la vida; esa base es falsa y opuesta a la concepción espiritualista del catolicismo y como esos dos conceptos se oponen diametralmente el uno al otro, es cándido pensar que se puede elevar a esa espiritualidad cristiana a los hombres racionales con ligeros retoques en los procedimientos marxistas. La concepción católica de la vida y de la historia y la del marxismo no sólo son distintas, sino radicalmente opuestas, la primera está en la parte alta de la montaña y la segunda en el fondo del valle, por lo cual es un verdadero desatino pretender llegar a aquella con sólo variar el camino del descenso y en vez de hacerlo por una vía ancha y vertical realizarlo por una senda, inclinada, estrecha y tortuosa con dirección descendente.

Y terminamos este artículo con las palabras de Su Santidad Pío XI refiriéndose al actual embrollo de la «mano tendida del comunismo» en el cual han sido envueltos algunos católicos más o menos sociales o socialistas tan *madrugadores* como ilusos y hasta se ha querido envolver en él a Su Santidad. He aquí sus palabras: «Siempre que no se nos pida (al ponerse al habla con los comunistas) *el más mínimo sacrificio de la verdad*, que es la primera caridad, que es la base y la razón de toda caridad verdaderamente benéfica; con tal que no se nos pida *encubrir*, ni siquiera con alguna manera de confusión o alteración de la idea, la verdad...» (Hemos subrayado nosotros). Como se ve esta cuestión es tan grave y palpitante que no puede soslayarse; es preciso acometerla de frente y con valentía y resolverla en verdad y justicia.

¿Se hace esto en España? ¿Se hace esto en el mundo? Nos permitimos dudarlo; pues reconociendo, respecto de aquélla, que existe en los momentos actuales una transformación extensa e intensa en la manera de enfocar las cuestiones todas, sociales, políticas, morales, religiosas, patrióticas..., y, sobre todo, que, en las altas esferas, reina un ambiente de nobles ideales, de elevada orientación, de anhelos patrióticos, de deseos de engrandecimiento nacional, de depuración general, de elevación espiritual..., la obra es tan árdua y compleja, se necesita ahondar tanto para llegar a la raíz de los pasados males y poner incommovibles cimientos a los futuros bienes, subir tan alto para formarse una idea exacta del conjunto y estudiar al detalle los problemas, para no recaer en las vagas generalidades y magníficas promesas, a la antigua usanza, que nunca cristalizaban en prácticas realidades, ...que nos asalta el temor de que, a pesar de todas esas inmejorables aspiraciones, las resistencias activas y pasivas, la poca abnegación e incompleta preparación en algunos de los que han de llevarlas a la práctica, puedan desvirtuar los esperados frutos.

No es cosa fácil ir contra la corriente; y hoy el mundo en general es víctima de inmotivados prejuicios, idearios erróneos, convencionalismos arteramente preparados en las sombras, peligrosos confusionismos, donde todo se trastrueca y a la postre nadie se entiende, ambiente jurídico y ético de pleno paganismo, que empuja hacia la corrupción de costumbres y la disolución social, todo ello difundido y provocado, directa o indirectamente, por grandes empresas de variada y astuta propaganda para la exaltación y entronización del error y proscripción y exterminio de la verdad y de sus defensores..., y, claro está, en estas condiciones la empresa de dar verdadera y adecuada solución a los problemas que hoy dividen a la humanidad nada tiene de fácil, aunque, ciertamente, no es imposible, y nosotros tenemos fe absoluta en la pericia, rectitud y valentía del Caudillo y en los tradicionales y elevados destinos de la España inmortal.

P. TEODORO RODRIGUEZ
Agustino

SECCION DOCUMENTAL

Devoción oficial a la Santísima Virgen

Al escudo de la Diputación Provincial de Zaragoza se incorpora un emblema del Pilar con la Cruz de Santiago.

Serán invitadas las Diputaciones de Huesca y Teruel a realizar la misma modificación en sus escudos.

En la sesión que celebró el 24 de julio próximo pasado la Comisión gestora de la Diputación provincial, el presidente, don Miguel Allué Salvador, presentó el siguiente escrito:

«A la Excma. Diputación Provincial:

»Es innegable, por ser a todas luces evidente, que en la vida de la Patria ha sido timbre de gloria destacado y singularísimo la devoción y el amor de los españoles a la Virgen del Pilar. Aun en las épocas más aciagas, el Santo Pilar de Zaragoza ha sido invulnerable. La dominación agarena lo respetó, durante los varios siglos en que la media luna se enseñoreó de nuestra Península. Y las revoluciones modernas nada han podido con-

tra El, en sus repetidos ataques a la religiosidad del pueblo español.

»Pero si esto es exacto desde el punto de vista nacional, es lo cierto que en el ambiente de la región aragonesa, y, más concretamente, en el marco de la provincia de Zaragoza, la devoción a la Virgen del Pilar ha alcanzado tal popularidad que, trascendiendo de la vida puramente religiosa a la vida social, bien puede decirse que es hoy el más fuerte resorte espiritual de las actividades del pueblo aragonés.

»Reconocerlo así en esta hora de resurgimiento de la Patria bajo la égida de nuestro invicto Caudillo, es un deber primordial para nosotros, los

aragoneses, que hemos proclamado a la Virgen del Pilar, Patrona excelsa de Aragón.

»Sin embargo, y a pesar de todo ello, esta popularidad inmensa del amor a la Virgen del Pilar en tierra aragonesa, no ha tenido hasta el momento presente una representación simbólica adecuada de carácter oficial en la provincia de Zaragoza.

»A evitar este contrasentido, dando satisfacción al propio tiempo a un anhelo popular hondamente sentido en nuestra provincia, tiende esta proposición, que tengo el honor de someter a la aprobación de la Excm. Diputación Provincial.

»Y ninguna ocasión más oportuna que ésta del Año de la Victoria, ni momento más propicio que éste de las víspera de la fiesta del Apóstol Santiago, que fué el favorecido con la aparición de Nuestra Señora, para dar a una propuesta de esta índole, estado legal.

»En atención a todo lo expuesto, el presidente que suscribe tiene el honor de proponer:

»Primero. Que en el escudo de la Excm. Diputación Provincial de Zaragoza se adicione el emblema del Pilar con la cruz de Santiago, del modo siguiente: En el centro del escudo figurará, sobrepuesto en tamaño pequeño, sin deslucir los cuatro carteles que convergen en aquel punto, una representación del Santo Pilar que ostentará en su parte anterior la Cruz de Santiago.

»Se coloca este emblema en el centro del escudo, recortando levemente los cuatro cuarteles en que se halla representada la historia de Aragón, para simbolizar que el amor a Nuestra Excelsa Patrona ha sido el centro de la espiritualidad aragonesa, la clave de nuestra historia y el eje alre-

dedor del cual ha girado la vida toda del pueblo aragones...

»Tercero. Considerando que las Excm. Diputaciones Provinciales de Huesca y Teruel representan también con dignidad y prestigio legítimos el amor de los aragoneses a la Virgen del Pilar, se acuerda invitar a dichas Corporaciones hermanas para que, si lo juzgan oportuno, introduzcan en sus respectivos escudos el emblema del Pilar, iniciando así ya desde ahora una de las más solemnes y perdurables conmemoraciones del Centenario que se avecina, el cual, seguramente, ha de contribuir a estrechar todavía más, bajo el signo del Pilar, la hermandad dichosa de las tres Corporaciones provinciales, que hoy funcionan en el primitivo territorio del antiguo reino de Aragón, en hora buena incorporado a la unidad española, defendida siempre por los aragoneses con sin igual tesón desde la época de los Reyes Católicos.

»Al proponer esta innovación, aclamamos con entusiasmo, y lealtad a la Santísima Virgen del Pilar, a la Bandera de España y a nuestro invicto Caudillo el Generalísimo Franco.

»¡Llor a la Excelsa Patrona de Aragón!

»¡Viva el Generalísimo Franco!

»¡Arriba España!

»En el Palacio Provincial de Zaragoza en la víspera de la fiesta del Apóstol Santiago, del Año de la Victoria, día 24 de julio de 1939.—El Presidente.»

Este escrito de la presidencia fué aprobado por unanimidad. Los diputados, puestos en pie, dieron vivas a España, al Generalísimo Franco y a la Virgen del Pilar.

El éxodo español a Francia

Ha disgustado mucho a los franceses el espectáculo de los ministros rojos cruzando la frontera en lujosos autos y dejando a sus víctimas yacer en las trincheras. Un periódico de Toulouse, órgano del ministro francés del interior, que fué gran partidario de los rojos, ahora ha comenzado a llamarles cobardes y traidores. Mientras el éxodo español ha proporcionado a los rojos un buen elemento de propaganda en Inglaterra; en cambio, en Francia ha cambiado la opinión en contra de ellos. Los franceses han comprobado, con asombro, que la población civil no huyó por miedo a Franco, sino que el ejército derrotado la empujó hacia fuera, cuando iban saqueando y quemando lo que dejaban atrás. (*The Universe*, 10 febrero 1939).

Bibliografía relativa al Movimiento Nacional

EL TRIUNFO DE LA CIUDAD DE DIOS Y LA RESURRECCION DE ESPAÑA, Excelente y Rdm. Sr. Dr. D. Enrique Pla y Deniel, Obispo de Salamanca, Salamanca, 1939. 4.º, 87 páginas.

Pastoral de teólogo, de obispo y de patriota. Resumen completado de lo que publicó el mismo Prelado, en los comienzos de la guerra, con el título *Las dos Ciudades*: en que se defendía la licitud y santidad de la campaña contra el ateísmo avasallador: completado y robustecido con la alocución de Su Santidad a los españoles. Con serenidad y peso doctrinal se exponen el desencadenamiento de la persecución atea; la cruzada, en el verdadero sentido, a que se lanzó el pueblo; la epopeya de la lucha, donde resplandece el auxilio de Dios; la resurrección de España en busca de sus gloriosos y providenciales destinos, y la consiguiente derogación de las leyes laicas; el tesón con que ha de seguirse por esa ruta, hasta que se borren los vestigios del régimen liberal cercenador de los derechos eclesiásticos; la necesidad de matar los gérmenes de descontento en las clases humildes con la implantación de la justicia social: la urgencia de volver al seno de la patria los niños españoles desparramados por el mundo, y las masas obreras descarriadas; la unión imprescindible para no malograr el triunfo. Merece señalarse la valentía y claridad con que se trata el problema del clero pobre, y el apremio de resolverlo en justicia y decoro, no ya para que haya sacerdotes suficientes, sino para que tengan recursos con que formarse dignamente en ciencia y virtud, conforme a la gloriosa tradición española.

PIEDRAS VIVAS, Antonio Pérez de Olaguer, Prólogo del Excmo. Cardenal Segura. Editorial Española, San Sebastián, 4.º, 304 págs. Precio, 5 ptas.

Las *pedras vivas* son los sacrificios, la sangre de los caídos para edificar la purificada iglesia española. Y entre ellas, el capellán requeté don José M.ª Lammamié de Clairac, que sorprendido en la Universidad de Comillas por el Movimiento, arrastrado a Santander, logra escapar y se presenta voluntario como capellán, hasta que la muerte lo va a buscar en el frente de Madrid. Esa vida, corta y fecunda, nos escribe con su notoria arte el Sr. Pérez de Olaguer: el niño en familia de arraigada fe, el seminarista, el presbítero, el capellán heroico que arrostra la metralla tranquilo, y destrozado por ella, no admite cuidados ni se preocupa sino de auxiliar a los compañeros víctimas de la bomba. El temple del Sr. Clairac, su celo apostólico y su aceptación del sacrificio aparece en sus cartas y diario, y lo testimonian quienes con él vivían; la pureza de su alma, la declara el confesor con quien hizo confesión general, la víspera de arriesgarse a huír de los rojos: no había perdido la gracia bautismal.—Es, pues, el libro un ejemplo admirable de lo que han sido nuestros capellanes castrenses: un exponente espléndido del espíritu de cruzada que animó el Movimiento, y una biografía interesantísima de un alma sacerdotal inolada, en plena juventud, por Dios y por la Patria.

ROMA, Fernando Albi. 4.º, 120 págs., con grabados. Establecimientos Cerón, Cadiz. Precio, 8 pesetas.

La novedad del libro, en su eterno y cien veces tratado tema, es, como dice Pemán en el prólogo, el enfoque subjetivo e impresionista al través del alma de emigrado español en 1936. Al lado de las ruinas estáticas, de la solemnidad de los monumentos pontificios, los alardes dinámicos de la Roma fascista, todo empuje y osadía empapada en la tradición. Es libro que se lee con gusto y provecho.

MIS MEMORIAS DE LA GUERRA, Salvador Torrijos Bergés, Presbítero. 8.º 200 páginas. 5 pesetas.

El Sr. Torrijos, cura rural, se fué de capellán voluntario con las banderas de Falange. Desde el frente enviaba a la prensa sus impresiones, y hoy, recoge los artículos en un volumen. No es un diario de campaña; las operaciones militares las deja de lado: a mucho le sirven de punto de partida. Son escenas sueltas, y más que escenas, consideraciones palpitantes de lo que veía en el glorioso avance por tierras aragonesas o montañas del norte. El vandalismo rojo, el espíritu levantado, alegre, cristiano de los voluntarios, el forjarse de la Nueva España al compás de la lucha. Escribe con gran soltura y amenidad.

IMPRESA
DE
F. E. T.
BURGOS